

## Los bocadillos del folletinista: *Croquis y siluetas militares* de Eduardo Gutiérrez

### The appetizer of the serial writer: *Croquis y siluetas militares* by Eduardo Gutiérrez

Carlos Hernán Sosa<sup>1</sup>  
Universidad Nacional de Salta – CONICET

#### Resumen

El artículo analiza *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos* de Eduardo Gutiérrez. Señala el proceso de colección de los relatos, desde la prensa al libro, como ámbito de renegociación de sentidos, y avanza hacia el señalamiento de los aspectos formales y temáticos que permiten unificar la obra. A lo largo del comentario de estos aspectos, interesa destacar elementos disonantes: la pertenencia a la elite porteña de Gutiérrez, sus adscripciones políticas porteñistas y las lecturas que opera sobre problemáticas contemporáneas (la ocupación territorial, el problema del indio, el sistema de fortines, etc.). Todo ello a fin de poder advertir las estrategias empleadas por el discurso reivindicador de la vida militar, en el complejo contexto de emergencia de esta obra hacia 1886, caracterizado por las contradicciones de la modernización finisecular.

#### Palabras clave

Eduardo Gutiérrez; *Croquis y siluetas militares*; vida militar; modernización finisecular; discurso contradictorio

#### Abstract

The article analyses *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos* by Eduardo Gutiérrez. It points out the process of collection of the stories, from the press to the book, as a sphere of renegotiation of meanings, and moves towards pointing out the formal and thematic aspects that allow the work to be unified. Throughout the commentary on these aspects, it is interesting to highlight dissonant elements: Gutiérrez's belonging to the porteña elite, his political affiliations favourable to the interests of Buenos Aires and the readings he gives to contemporary issues (territorial occupation, the problem of the indian, the system of strongholds, etc.). All of this in order to be able to notice the strategies employed by the vindicating discourse of military life, in the complex context of the emergence of this work around 1886, characterised by the contradictions of fin-de-siècle modernisation.

---

<sup>1</sup> Prof. y Lic. en Letras, egresado de la UNLP, y Dr. en Letras por la UNT. Investigador adjunto del CONICET, con lugar de trabajo en el ICSOH (CCT Salta–Jujuy). Se desempeñó como docente e investigador en la UNLP y, actualmente, continúa con esas tareas en la UNSa, donde es profesor asociado regular, responsable de las cátedras de Introducción a la Literatura y Literatura Argentina. Sus intereses en el campo de la investigación se circunscriben a la literatura argentina. Email de contacto: [chersosa@hotmail.com](mailto:chersosa@hotmail.com)

### **Keywords**

Eduardo Gutiérrez; *Croquis y siluetas militares*; military life; fin-de-siècle modernisation; conflicting discourse

“*Se vive lejos de toda caricia, como un parásito*”.  
Eduardo Gutiérrez, “La vida de frontera”.

### **De la prensa al libro**

La sostenida y heterogénea producción de Eduardo Gutiérrez privilegió en numerosas oportunidades la forma narrativa de la novela –con sus variaciones temáticas: gauchesca, policial e histórica–, relatos extensos que se editaron bajo el formato de folletín, especialmente en *La Patria Argentina* (1879-1885) y *La Crónica* (1883-1886), empresas periodísticas familiares de los hermanos Gutiérrez donde convivía la herencia dogmática del diario faccioso –de vertiente política antirroquista– y las novedades discursivas más experimentales sintonizadas con las demandas del contexto porteño de modernización finisecular (Roman 2003a y 2003b, Laera 2004 y Sosa 2020: 105-156). En ese auténtico laboratorio de ideas y humus propicio para la experimentación discursiva que ofrecía la prensa, el autor inauguró y afianzó sus destrezas narrativas filo populares, echando mano a un nutrido entramado de deudas provenientes de tradiciones literarias diversas (populares e ilustradas) y de las prácticas escriturarias cotidianas del diarismo decimonónico (el *fait-divers*, la crónica política, el caso célebre).

Aislados frente a la contundente preferencia del autor por la novela, encontramos un relato de viaje, *Un viaje infernal*, que se publicó en *La Crónica* entre los meses de octubre y noviembre de 1884, y narraciones breves editadas inicialmente en *La Crónica*, *El Orden* y *Sud-América*, entre los años 1884 y 1886, muchas veces bajo el encabezado común de “Croquis militares” o “Siluetas militares”. Estos textos breves se compilaron

luego en un volumen con título aglutinador, *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*, publicado por Igón Hermanos Editores en 1886. La republicación en formato diferente, con todas las variables de significación en términos de los procesos de lectura que el pasaje del diario al folleto o al libro redirecciona, es una constante en la producción del autor (Sosa 2020: 81-101). Este caso particular, el de la reedición de los cuarenta y dos relatos como colección en un libro, no es una excepción. Al problema general del cambio de soporte debe sumarse, además, la necesidad de atender al señalamiento con claros tintes comerciales que abría la publicación de Igón Hermanos: “En preparación segunda serie de Cróquis y Siluetas militares” (Gutiérrez 1886: 2), pues la referencia sugiere la probable planificación de otro volumen con más relatos (¿escritos *ad hoc*?, ¿recopilados también de la prensa?). Se manifiestan aquí, como en muchos otros pasajes de la obra del autor, los límites siempre tensivos entre los proyectos escriturarios relativamente autónomos de Gutiérrez y las presiones/ negociaciones de sus editores, a raíz de lo cual con frecuencia se reencauzaron acciones con marchas y contramarchas que iban dejando huellas, como la que acabamos de recoger: la promesa de un segundo tomo que nunca vio la luz.

Asimismo, los relatos incorporados en este libro a su vez resultan disonantes en el horizonte de toda la producción del autor, en la medida en que no participan de la lógica organizativa por ciclos temáticos con que Gutiérrez planificó su proyecto narrativo, aunque después muchas veces resultara alterada, también por las urgencias comerciales de sus inescrupulosos editores, Luis Maucci y Natalio Tommasi. La novela *Juan sin patria* (1881), que seguía los avatares de un soldado de la Guerra del Paraguay, e *Ignacio Monges* (1886),<sup>2</sup> donde se retomaba el intento de magnicidio contra el Presidente Roca

---

<sup>2</sup> Alejandra Laera (2008) analiza ambas novelas siguiendo, precisamente, las posibilidades de lectura espejada que la trayectoria de ambos protagonistas soldados propicia.

en 1886, aparecieron bajo el acápite del ciclo de los “Dramas militares”, al igual que los cuatro volúmenes de la novela histórica dedicada a Vicente Peñaloza –*El Chacho, Los montoneros, El rastreador y La muerte de un héroe*–, el primero publicado como folletín de *La Crónica* en 1884 y los tres restantes ya editados por Tommasi en formato de libro en 1886. Paradójicamente, *Croquis y siluetas militares*, a pesar de su explícita filiación temática con este ciclo, fue considerada bajo otra perspectiva o desde criterios divergentes que sentenciaron su exclusión de los “Dramas militares”. Por otra parte, muchos de los relatos del libro, evidentemente, recuperaban episodios con aristas autobiográficas que Gutiérrez aportaba de primera mano, por haberse desempeñado durante cierto tiempo en la vida militar, en el servicio de defensa de la frontera oeste de Buenos Aires. Allí tomó contacto con el sistema de fortines, por haber estado asignado en el Fortín General Paz bajo las órdenes del siempre aplaudido coronel Lagos. De las durezas de esta experiencia desertó voluntariamente, tal como refiere el recuerdo de un hermano que transcribe Álvaro Yunque:

Vida de campo en estancias, no la hizo nunca –cuenta su hermano Carlos el sobreviviente de la familia, a Ricardo Rojas, que le pide pormenores personales–. Vida de campamento sí hizo, pues fué militar, haciendo su carrera en la frontera, en la guerra con los indios, en el 2 de caballería, a las órdenes del coronel Hilario Lagos, a quien dedicó su libro *Croquis y siluetas militares*. En el 2 de caballería sirvió desde distinguido hasta capitán, y cuando la revolución del 80, como todas sus simpatías estaban con los revolucionarios –o sea, los porteñistas de Tejedor–, pasó una nota a la Inspección General de Armas, comunicando que se daba de baja del ejército. El general Luis María Campos, que era el inspector, rió en grande de la ocurrencia, a pesar de la situación política, y no dió curso a la nota, según me dijo ese gran amigo nuestro; Eduardo no volvió al ejército. (1956: 19)<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> León Benarós ofrece otros datos: “Hacia 1877 ó 1878 había vuelto de la frontera ya. En 1881 aparece inscripto en la Guardia Nacional de la provincia de Buenos Aires. La papeleta lo registra como simple ‘soldado’”; asimismo, el crítico refuerza el señalamiento de sus simpatías políticas autonomistas como causal de la deserción del ejército, para ello refiere una anécdota conocida en la que el autor habría expresado que “la leche que ha

A pesar de disponer de este acopio de información, materia siempre gratificante para la tarea periodística que el autor comenzará a desempeñar de inmediato tras abandonar la vida militar, hacia 1879 en el emprendimiento familiar de *La Patria Argentina*, la figura del narrador al presentar los avatares de la frontera asume en una sola oportunidad la perspectiva de un nosotros inclusivo, en el último relato “Un carnaval en la pampa”. En los restantes casos, prefiere continuar con la prefiguración del testigo externo que repone datos, muchas veces, retraduciendo una estrategia discursiva ya muy probada por Gutiérrez en sus novelas policiales y gauchescas, mediante la voz del *réporter*, sujeto entrenado que recoge información previa para nutrir sus narraciones con gestos verosímiles y profesionales. Abundan por eso en las narraciones algunas referencias testimoniales o de supuestas consultas de documentación, especialmente las fojas de servicios de los militares retratados.

### **Vidas de milicos**

Más allá de todos estos matices y enmascaramientos, desde el punto de vista del contenido, las narraciones guardan distintos niveles de filiación con el ciclo de los “Dramas militares” y con varios otros temas que Gutiérrez ya había trabajado en diferentes zonas de su obra: la vida en la frontera –en *Juan Moreira* (1879-1880), *El tigre del Quequén* (1880) y *Santos Vega* (1880-1881)–, las guerras civiles –en *Juan Cuello* (1880) y en las novelas dedicadas a Rosas (1881-1882) y al Chacho (1884-1886)–, la Guerra del Paraguay –en *Juan sin patria* (1881)–. Incluso, algunos de los croquis pueden

---

mamado Eduardo Gutiérrez no le permite acompañar al ladronazo de Nicolás Avellaneda” (1961: 27).

interpretarse como el desarrollo de proyectos narrativos embrionarios que se habían comprometido en las novelas previas. Por ejemplo, la historia del comandante Heredia, héroe de la Guerra del Paraguay, aparecía anticipada en *El tigre del Quequén*, donde se advertía: “Este es un drama sangriento que contaremos algún día, pues es de los más interesantes que conocemos” (Gutiérrez 1880: 162). Una deuda que finalmente se saldó con “El comandante Heredia”, relato finalmente incorporado en *Croquis y siluetas militares*. A la inversa, dentro de este juego de autorreferencias especulares que tira por tierra la idea de improvisación que soportó prejuiciosamente debido a su carácter popular la obra de Gutiérrez, el relato “José Miguel Arredondo” reconoce abiertamente su vinculación con una novela anterior: “De esta batalla en que tan magnífica figura hicieron Arredondo y el 6 de línea, nos hemos ocupado detenidamente en nuestra obra *Juan Sin Patria*” (Gutiérrez 1956: 154).

La designación metafórica de croquis y silueta que agrupa los textos retoma sin dudas –desde la lógica disciplinar del dibujo– la idea de una tarea hecha a mano alzada, pues ambas categorías se asocian a las nociones preliminares del borrador o el boceto. La clara conciencia sobre el género discursivo que se está encarando despunta en muchos pasajes, como autoafirmación de sus rasgos narrativos particulares donde imperan la concisión: “El espacio de que disponemos en las *Siluetas militares*, no es suficiente para consignar la mitad de sus servicios” (Gutiérrez 1956: 94, subrayado en el original); “Episodios interesantísimos [que] narramos en uno de nuestros croquis militares” (121); “He aquí compendiados en el corto espacio de una silueta los rasgos prominentes de este distinguido militar” (154). Y es que, en verdad, la brevedad de los textos (hilvanados por el núcleo narrativo de los episodios y hechos) y la rapidez del trazo con que se va resolviendo el manejo de las categorías narratológicas básicas (caracterización de personajes, dosificación de la intriga, resoluciones espacio temporales, idoneidad de los

narradores, etc.) los terminan diferenciando en dos modalidades recurrentes, parejamente acotadas en su expresión. Por un lado, se sucede más fotográficamente el retrato de los jefes militares que, en un nutrido grupo de textos, encarrila el relato hacia el género discursivo de la semblanza biográfica; y, por otro, un grupo numéricamente menor de historias –en general las más logradas del volumen–, donde la dinámica narrativa se fortalece acercando más la factura final de los textos a los rasgos formales del cuento.

Al margen de estas variaciones procedimentales, lo que resulta indiscutible es que, con distintos niveles de intensidad, las narraciones participan de las razones enunciativas de reivindicación del accionar del fuero militar y sus hombres como brazo armado estabilizador de la nación, pudiéndose detectar dos nodos que congregan figuras y episodios: la Guerra del Paraguay (un conflicto bélico entre naciones) y la Campaña al Desierto (un genocidio dentro de los límites de la propia nación). Esta doble focalización pone bajo sospecha la posibilidad de encuadrar todo el volumen como integrante del conjunto de discursividades heterogéneas en sus matrices originales (militares, científicas, técnicas, burocrático administrativas, memorialistas, literarias, religiosas, etc.), compañeras de las diversas avanzadas de ocupación territorial que Claudia Torre (2010) adscribió bajo la designación de “narrativas expedicionarias”, marco en el cual analiza esta obra de Gutiérrez.

Avanzando sobre la tematización de la vida militar, el subtítulo de la compilación le sugiere a Melina Yuln ciertos propósitos enunciativos del libro: “El subtítulo especifica: Escenas contemporáneas de nuestros campamentos, es decir que el relato tiene la finalidad de dar un pantallazo de la vida en los fortines y la frontera en la década de 1870” (2020: 113). Si bien es cierto que muchos de los textos refieren acontecimientos ocurridos en esa década, sin embargo, debe destacarse que los episodios sobre la vida militar que el volumen va articulando exceden ese posible anclaje (en términos de

datación y de espacios representados). En estrictos términos cronológicos, las biografías de los jefes militares y soldados que se presentan arrancan, al menos, en las luchas facciosas de las guerras civiles desde la década de 1830, algunos incluso en el periodo previo de las luchas por la independencia. Considerando el contexto de emergencia del libro, aluden a conflictos ya clausurados –como las Campañas al Sud por las revueltas de Calfucurá y Coliqueo (desde mediados de la década de 1850) y la Guerra del Paraguay (1864-1870)–. Además, si se enfatiza el carácter perlocutivo de la obra atendiendo el valor deíctico que aporta el año 1886 cuando se recogen y reeditan los relatos, los textos no dejan de funcionar como una reflexión coetánea sobre el estado de las fronteras (en especial la del oeste de Buenos Aires y la del sur de Córdoba) y el ejército de aquel momento –es decir, los coletazos de ejecución de la Campaña al Desierto (1878-1890)–. Incluso, esta panorámica de la vida militar que ofrece Gutiérrez, puede pensarse como una bisagra hacia las consecutivas Campañas al Chaco –activas desde la presidencia de Sarmiento y hasta, al menos, las tres primeras décadas del siglo XX–, de las que participaron muchos de los mismos militares –Benjamín Victorica, Luis Fontana, Ignacio Fotheringham, Antonio Dónovan, entre otros– que habían intervenido activamente en la ocupación de los territorios del sur del país.

Es necesario subrayar entonces que el volumen ensaya una mirada multifocal sobre la vida militar, mediante la reactualización y renegociación de sentidos que habilita la edición del libro. Emprende esta tarea desde una evaluación en términos generales muy desfavorable, por los niveles de desatino y olvido crónicos que a cada rato se enrostran a la administración del gobierno nacional sobre el estado de las fuerzas militares; a la vez que, como es esperable, se encolumnan significaciones que en un principio cada relato tramitaba de manera más volátil y aislada en la tirada del diario unos años antes, hacia una postulación política férreamente cuestionadora de Miguel Juárez Celman. Gutiérrez

sigue así demostrando que es un porteño ineludible, con la astucia de la reunión de voluntades críticas dispersas que propiciaba el formato libro, continuaba su ejercicio crítico de fidelidad autonomista contra las políticas del PAN, el roquismo y el unicato en sus sucedáneos.

### **El brillo incólume de los jefes**

Uno de los aspectos que más sobresale en estos relatos es el decidido tono de panegírico con que se cuenta la biografía de los jefes militares, donde alternan representantes conspicuos de la infantería, la caballería y la marina; ello a contrapelo de cierto registro pretendidamente nivelador que, desde un gesto más formulario que palpable, reitera que “el soldado como el oficial son dignos de todo cariño y respeto” (Gutiérrez 1956: 244). El punto resulta sintomático si consideramos la preferencia por puntos de vista más cuestionadores sobre las fuerzas militares, judiciales y de policía, tal como puede rastrearse fácilmente en las novelas gauchescas, donde se las perfila como ámbitos viciados por la corrupción, en el horizonte de todas las contrariedades del proceso de modernización institucional del Estado. La simbiosis espuria del poder de jueces de Paz, policías y milicos orquesta el quebrantamiento paradigmático de Juan Moreira, Juan Cuello o El tigre del Quequén, sujetos victimizados ante un sistema excluyente donde son las fuerzas represoras y la legislación del Estado en construcción las que terminan aniquilándolos/ encarcelándolos.

En las antípodas, los sucintos recorridos biográficos de Hilario Lagos, Luis María Campos, José Miguel Arredondo, Francisco Borges, Luis Piedrabuena, entre otros dignos miembros de la oficialidad, no sólo repiten esquemáticamente un catálogo heroico de batallas victoriosas (o pérdidas, pues para ensalzar el valor poco interesan los resultados),

gestos magnánimos, arbitrios transidos de justicia salomónica o iluminadas decisiones tácticas, sino que, sobre todo, acuerdan un discurso reivindicador con vestigios nacionalistas. Este patriotismo edulcorado amolda con la misma efectividad su laxitud justificativa, tanto en el caso de la guerra contra los paraguayos (indiscutibles enemigos de la nación) como en el sostenimiento de las fronteras internas (en disputa con esa otredad intimidante para el proyecto de construcción del Estado que es el indio).

La categórica preferencia que otorgan los relatos a la galería de jefes militares, pues numéricamente superan con holgura a los que se detienen en la soldadesca –y, por ende, en representantes de los sectores populares–, se conjuga con una serie de gestos de pertenencia a la elite dirigente porteña que el narrador indiscutiblemente comparte y defiende. “El carretón de Matoso” transita un tópico abordado varias veces en la obra, las bromas (y humillaciones) encaradas desde el modo en que las solidaridades masculinas entienden el humor y la diversión para romper el tedio de la frontera. Las maquinaciones para burlarse de los más desvalidos (de los novatos, de los feos, de las mujeres, de los locos, de los impedidos físicamente) abundan en el libro y, en ese relato, traman una escena escapada de *Juvenilia* (1882) de Miguel Cané. La situación en la que se monta una rencilla entre dos tenientes (Borges y Matoso) que poseen carros donde moran en la frontera, inserta en el escenario de la pampa la picardía de los hijos de la élite patricia, ya crecidos y ocupando lugares de mando en el ejército. Así lo deja en claro la nostálgica introducción al relato, cuando se prepara el terreno para la jugosa anécdota por referir:

En aquellos buenos tiempos en que la juventud más distinguida ingresaba al ejército y los cuerpos de línea tenían oficiales como Arredondo, Martínez de Hoz, Campos, Arias, Romero, y tantos otros, los cuarteles y los campamentos eran un centro de alegría constante,

en que las bromas más saladas, y pesadas a veces, brotaban de todas las bocas. (Gutiérrez 1956: 200)<sup>4</sup>

La invasión de escalas axiológicas de la élite patricia se repone a cada paso en los relatos, opera como una radiografía de todo lo que ocurre en la frontera o en el campo de batalla, diagramando una representación casi sin fisuras para la perspectiva de un hijo dilecto de la culta Buenos Aires. A tal punto resulta angustiosa la ausencia de la ciudad en los parajes alejados a los que arrastra el servicio que, con frecuencia, la recuperación verbal encarada por el narrador, sobre todo en instancias que tienen que ver con las privaciones del hambre y la sed, repone los contornos de la ciudad en el desierto como compensación imaginaria. Para ello selecciona los lugares de sociabilidad más legitimados por los patricios: el Club del Progreso (en “Los enemigos amigos” y “Un carnaval en la pampa”), el Café Filip y la Confeitería del Águila (en “Las tortas fritas”). En los abnegados esfuerzos de la vida militar en campaña, de la vida porteña se extraña ante todo las exquisiteces urbanas, según el narrador cómplice.

Con seguridad, es en “Un baile monstruo. (Recibo en la casa del señor Tripailaf)” donde se observa con mayor contundencia el contraste de valores, al ridiculizar las costumbres indígenas a raíz de la invitación de los oficiales y la tropa al duodécimo matrimonio del cacique. Desde una tácita comparación con los hábitos del *savoir-faire* en las recepciones sociales de la elite porteña, se opera un doble distanciamiento discursivo para alcanzar la sátira: en relación con lo narrado paródicamente (la ambientación, las comidas, los festejos) y en relación con el género periodístico que se retoma a modo de pastiche, tal como se sentencia en el final: “Y ésta es, aunque pálida y resumida, la crónica

---

<sup>4</sup> Miembros de la elite letrada del “ala patricia pobre”, tal como la designó Josefina Ludmer (1999) en su reordenamiento de “la coalición del 80”, aparecen mencionados en “Un baile milagroso”: Lucio V. López, entre otros (Gutiérrez 1956: 68).

del gran recibo en la casa del señor Tripailaf” (Gutiérrez 1956: 239). Un conjunto de referencias distinguidas, con la legitimación de la frase impostada en francés, reordenan este relato modélico sobre la repulsa que provoca la otredad indígena; aquí, la lengua de la capital del siglo XIX, como quiso Walter Benjamin (2019), lejos de servir como tutela cultural de Occidente, garabatea apenas una mueca grotesca:

El Día no podía ser más espléndido, aunque algo caluroso, y los salones del señor Tripailaf, abiertos desde la víspera, esperaban la gran concurrencia que debía invadirlos. (...)

Los diversos manjares se componían de picanas de caballo, fiambres, pero cocidos en una agua espantosa, varios matambres al asador, sangre de yegua cortada en pancitos como gelatina (...)

Un manantial de *château laguna* estaba al alcance de los invitados.

En medio de los toldos se había levantado un trono de tierra cubierto de magníficas pieles de tigre, (...)

Alrededor de este trono había un gran espacio destinado para la danza y después la inmensa sabana de la pampa, donde cada cual tenía el derecho de tender su poncho y echarse de barriga, siendo de mal tono cualquier otra posición. (...)

El coronel Lagos, el mayor Godoy, el comandante Freyre, los oficiales del 2 y 7, y la tropa misma, se apresuraban a acudir al galante *rendez-vous*. (Gutiérrez 1956: 235-236, subrayado en el original)

Todas las referencias de la cita son propicias y acompañan el distanciamiento paródico y, aunque no presentan el aire *snob* que en circunstancias semejantes llevaron al sibarita Lucio V. Mansilla a ufanarse de disfrutar de un churrasco de guanaco con la misma ductilidad con que pudo saborear los manjares del mundo en su vida diletante,<sup>5</sup> admiten

---

<sup>5</sup> Seguramente se recordará esta referencia, con la que prácticamente arranca *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Si bien la alusión remite a Santiago Arcos, destinatario de las cartas del narrador, funciona sobre todo como una imagen espejada del dandismo propio de Mansilla: “A propósito de avestruz, después de haber recorrido la Europa y la América, de haber vivido como un marqués en París y como un guaraní en el Paraguay; de haber comido *mazamorra* en el Río de la Plata, *charquicán* en Chile, ostras en Nueva York, *macarroni* en Nápoles, trufas en el Périgord, *chipá* en la Asunción, recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de huevos de aquella ave pampeana en *Nagüel Mapo*” (1986: 3, subrayado en el original). Exotizada

una intersección con la común perspectiva extrañada de ambos autores, desde donde la mirada blanca señala sin titubeos los sentidos del mundo. Esta consonancia ideológica, que funciona como pivote para asignar papeles insignes o bufonescos y administrar el estatus de lo risible, no diluye nunca el conjunto de valores compartidos entre el narrador y los militares representantes de la dirigencia de Buenos Aires. La circunstancia entraña, sin dudas, un gesto de pertenencia y habilitación de la elite patricia y debe entenderse, en la figuración escrituraria, como huella de los recurrentes matices contradictorios que portan las formulaciones ideológico políticas a lo largo de toda la producción de Gutiérrez.

### **La escoria soldadesca**

Cuando se revisa en serie las referencias, que *Croquis y siluetas militares* acerca en una porción más acotada de relatos o pasajes, donde se visualiza a los soldados de tropa y su variopinta composición de excluidos (negros, mujeres, lisiados, desquiciados, mutilados), cobra gravidez la idea de supervivencia, de vidas parasitarias, a las que alude el epígrafe de este artículo. La imagen también retrotrae la percepción de la frontera como reducto de parias de *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) y forma parte de resoluciones discursivas curiosas, que invitan a seguir pensando el lugar que ocupan los sectores populares en las representaciones literarias de Gutiérrez.

Los relatos que no se detienen en los jerarcas eligen hablar de la generalidad de los esfuerzos de la vida militar mediante una enunciación anémica plagada de lugares comunes (por ejemplo, en “El soldado de línea”, “La vida de frontera”, “El espíritu del

---

delicia esta última que, en gesto exhibicionista, el propio narrador acredita para sí como una prerrogativa de *bon vivant*.

6” o “El 24 de mayo”). Cuando aparecen los representantes populares se recalibra sin ingenuidad la mirada: desde el melodrama hacia sujetos pasibles de piedad (por la locura en “El teniente Borzone” o la pérdida de un hijo en “Amor de leona”); desde la risa que propician (como la bestialidad de la negra Mama Carmen en “Las tortas fritas”, el mugroso de “Mañanita” o la fidelidad de perro de “El tuerto Sarmiento” defendiendo la yerba); desde la connivencia con los graciosos (el atolondrado negro Montenegro en “Los héroes ignorados” o el imitador de voces en “El negro Santos”). El paternalismo político, el abandono del Estado, la miseria en las fronteras de la nación, los indisimulables conflictos étnicos que siempre asoman en Gutiérrez cada vez que se manifiesta un representante popular –como cuando se tira de un hilo suelto que al final todo lo desmorona–, aquí se solapan, con velado cinismo, frente a un discurso de sostenidos alardes patrióticos que con esfuerzo todo lo emprolija. El volumen asume así una doble negación ante los miembros de los sectores populares: en la generalidad de las representaciones colectivas (cuando se diluyen las individualidades en el carácter anónimo que tanto contrasta con los cargos y nombres explícitos de los jefarcas), donde recogen un poco del triunfo que gestan los jefes militares; y en las historias donde disponen de nombre propio sólo para destacarse como nota de color, como sujetos que movilizan más la risa o la chanza y suelen sintonizar menos en la clave de la dignificación heroica reservada a quienes tienen el don de mando.

Como en la tradición gauchesca, la vida militar que recrean estos relatos asigna a las mujeres un lugar limitado, en un cosmos asfixiado por la virilidad rectora que todo lo impregna. La escasa presencia de personajes femeninos en *Croquis y siluetas militares* está representada por mujeres negras que, por la condición étnica que las restringe socialmente, pueden transitar los caminos innovadores de la frontera. Si bien es la condición de parias lo que evidentemente las ha arrastrado a las penurias de la vida de

fortín, allí logran rehuir el esquema socialmente sancionado sobre lo femenino con la figura del ángel del hogar, pues asumen tareas impensadas para este modelo como las que la frontera demanda. Entonces, estas mujeres apenas si despliegan en todo caso visos de una maternidad contenedora y colectiva ante las adversidades que enfrenta la tropa, por ejemplo ante el imperio del hambre o la muerte de un hijo en batalla. Cuando en “Un regimiento espartano” Mama Carmen y las otras mujeres asumen la defensa militar por hallarse solas en el fortín, el mohín desvalorizador despunta ya en el título sarcástico, en un relato donde el reconocimiento de la valentía de las mujeres colapsa ante la imagen caricaturesca que las presenta disfrazadas con los uniformes, intentando parecer varones, al momento de evitar el ataque de los indios.

Curiosamente, no se mencionan personajes gauchos entre los milicianos (ni como protagonistas ni como personajes decorativos), ni en los relatos que se congregan en torno a episodios de la Guerra del Paraguay ni entre los que registran la vida en la frontera; puede advertirse aquí, nuevamente, las arbitrariedades del recorte operado en la imagen de la vida militar que Gutiérrez quiere ofrecer en este caso.<sup>6</sup> Esta decisión admite interpretaciones hipotéticas desde la profesionalidad del autor y su fidelidad a un programa de escritura, donde se abroqueló al género novela la figura del gaucho excluido del sistema; una resolución que parece invalidar la recuperación de este representante popular en los croquis, pues estas modalidades discursivas devienen aparentemente más idóneas para fines diferentes a la denuncia de atropellos que padecían aquellos desprotegidos sociales.

---

<sup>6</sup> A veces, los relatos insinúan la figura del gaucho, por ejemplo entre los vagos que enrolan de manera involuntaria las filas del ejército, pero no lo designa como tal ni es posible identificarlo con los recursos de representación tomados de la tradición gauchesca que Gutiérrez manejaba con pericia: la deformación artificial de las formas orales que se le atribuyen al gaucho, la representación de una estructura mental desde la cual el gaucho percibe y siente el mundo y la manipulación ideológica de este proceso polifónico atravesado por jerarquías enunciativas que la gauchesca presupone.

Los que sí aparecen en la vida militar son los delincuentes. Se menciona los batallones conformados por la leva forzada con hombres sacados del presidio y se refiere el cúmulo de desconfianzas que generan en la cotidianeidad del cuartel:

Como los cuerpos de línea son remontados con pampas y vagos, cuando no son criminales, el oficial no tiene confianza en sus cuatro o seis soldados, porque teme que lo asesinen para desertar, y no se atreve a dormir sino a intervalos irregulares y llenos de sobresaltos.

¡Cuántos desventurados como el ayudante Petit del 3 de caballería no han sido asesinados durante el sueño por la guarnición del fortín!

Y el mismo sargento o cabo que lo acompaña se alterna para dormir, porque tampoco tiene confianza en su tropa y él sería responsable de la vida de su oficial. (Gutiérrez 1956: 245)

Este panorama de la escoria social que abriga la frontera y el ejército se completa con la mención de los indios, evidentemente ubicados como indios amigos que entablan complejas instancias de negociación (y traición) con los poderes del Estado.<sup>7</sup> Por ello siempre son figuras pasibles de sospecha, ya que como se aclara en los relatos “no por amigos dejaban de ser indios” (Gutiérrez 1956: 55) o, peor aún, en clave de axioma sin riesgo al error, se sentencia que sólo “los indios sometidos estaban siempre tranquilos” (82)–.

### **La cultura popular y su rúbrica**

Probablemente, en esta serie de relatos que cede un lugar para los sujetos sociales subalternos logre anticiparse ya, de manera más notoria, el empleo de los recursos folletinescos. A decir verdad, Gutiérrez en todo momento trama personajes y situaciones

---

<sup>7</sup> No nos detenemos, esta vez, a comentar con más detalle las estrategias generales empleadas en la obra de Gutiérrez para la representación del indio; remitimos a un trabajo previo, donde analizamos el tema con profundidad (Sosa 2020: 435-447).

y resuelve las instancias narrativas desde esa atalaya enunciativa, definiendo así un acto democrático aparente, porque gestiona de manera pareja las representaciones de jefes y soldados. Para esto, disponía de un surtidor de estrategias recuperadas de la cultura y la literatura populares, según las convenciones con que los géneros periodísticos –sobre todo los informativos de temática policial– y los literarios –el folletín especialmente– venían adaptándose en la prensa porteña a las demandas de los lectores, al menos desde mediados del siglo XIX (Sosa 2020).

En el terreno de los jefes militares primaban como opciones procedimentales las que aseguraban la revelación ennoblecedora del héroe, a veces en la rígida “manera homérica” (Gutiérrez 1956: 100), como puede advertirse en “La bandera del héroe”, donde se relata la pugna de un joven que antes de ceder la bandera en Humaitá se suicida envuelto en ella tirándose al río. Sin embargo, a veces, ya despuntaba tímidamente el señuelo del folletín de capa y espada a lo Alexandre Dumas –como en la historia del comandante Hederra, que era “el d’Artagnan criollo” (72) –; o en la novela exótica de viajes y aventuras –el capitán Piedrabuena, por ejemplo, es un marino aventurero digno de Emilio Salgari–. Otra curiosa y espinosa apropiación irrumpe con la insinuación del siempre reverenciado Paul Féval, cuyo protagonista deforme inspiró la novela policial homónima de Gutiérrez, *El jorobado* (1880), y que aparece nuevamente mencionado en una comparación con la figura de Arredondo; por supuesto, el punto se tramita con las salvedades del caso, las que permitan seguir destacando la apostura física del comandante:

Arredondo en su físico es un cóndor: su cabeza sale de entre sus hombros cargados, con todo el vigor y brillo de su expresión aguda y valiente.

En su espíritu, es el Lagardère de nuestro ejército, que vivió encogido y empequeñeciéndose, hasta que pudo estirarse en toda la esbeltez y arrogancia de su talla. (Gutiérrez 1956: 152)

Si para emplear aquí la figura del famoso contrahecho de la novela popular de Féval había que pedir disculpas previas –con el ardid de la metamorfosis del sujeto– ante la dignidad del oficial retratado, en el caso de la soldadesca la batería de recursos acentúa los rasgos caricaturescos y grotescos de los personajes, sin mayores contemplaciones.

En el caso de “Mañanita”, la figuración del personaje pone a prueba la habilidad del registro del humor que acredita Gutiérrez y se construye en la herencia de la caricatura, muy probablemente desde el nicho de la sátira política (tanto la ilustrada como la discursiva) que ofrecía carriles sólidos hacia la década de 1880 con el magisterio de *El Mosquito* (Roman 2017). La figura del soldado es una construcción maniquea perfecta de los relucientes perfiles de la oficialidad:

Mañanita, sin ser tuerto, tenía sólo un ojo abierto: el otro estaba eternamente pegado por un torrente de lágrimas congeladas.

Mañanita era un ser monstruoso, de cara ancha y achatada, a los lados de cuya nariz problemática jugaban a las escondidas sus ojos imponderables.

Mañanita era la mañana del juicio final, en traje de soldado de caballería. (Gutiérrez 1956: 165)

Abonando mejor la intriga folletinesca, la incomprensible reunión del mugroso personaje –cuyo hedor espanta a los habitantes del fortín– con una esposa de belleza envidiable permite introducir el tópico popular del triángulo amoroso, claramente parodiado, cuando el sargento Rivera le dispute, infructuosamente, la compañera a Mañanita.

El contraste entre el uso de los recursos comunes de la cultura y la literatura populares presentes en los relatos, en el breve recorrido que ofrecimos, evidencia la apuesta insistente de significaciones, otra vez divergentes, para construir lugares ideológicamente sensibles de enunciación: dignificantes de la oficialidad e irónicos y displicentes con la soldadesca. El procedimiento resulta incómodo e inconsecuente con la percepción heroica del esfuerzo mancomunado que desde su tibio nacionalismo el libro

intenta destacar, porque con la administración de su discrecionalidad los recursos discursivos del narrador no dejan lugar a dudas: la madre patria tiene hijos y entenados.

### **Sumando contrariedades**

El último aspecto señalado continúa destacando el carácter disruptivo de *Croquis y siluetas militares* dentro de la producción de Gutiérrez. La entronización de figuras militares –que tanto denostó su narrativa gauchesca como elemento obturador del bienestar de los sectores populares– se impone en el libro desde el encomio como arquetipos nacionales; del General Rivas se dice, con resonancia paradigmática, que “fue uno de aquellos soldados nobles y dignos, cuyo nombre conservará la patria para ejemplo de sus hijos” (Gutiérrez 1956: 122).

Sin embargo, una mirada más atenta descubre que hay claras preferencias políticas donde se intensifican mejor los apegos a los jerarcas, pues ciertos casos –como el coronel Muzlera, “un salvaje unitario de raza” (Gutiérrez 1956: 109), el coronel Morales “siempre bajo las banderas de Buenos Aires” (132) o el capitán Muratore fiel al “sagrado amor a Buenos Aires que lo llevó a la tumba” (123) – inclinan la balanza de las simpatías del volumen. Estas huellas de parcialidad política vuelven a ensombrecer el discurso aparentemente unificado por el nacionalismo que congregaría el esfuerzo militar conjunto sin colores partidarios. En pleno camino hacia el afianzamiento del federalismo como sistema de gobierno unificado en el país, los hacedores de la patria en este volumen conservan todavía sus insignias políticas de manera ostensible. Es que en Gutiérrez despunta siempre, con poco disimulo, el sesgo faccioso autonomista y su insobornable defensa de las prerrogativas de los porteñistas, al punto que, en la semblanza del general

Racedo, insistirá, en el colmo de lo inadmisibile, en que “Adolfo Alsina, el caudillo autonomista, [ideó el] plan que llevó a cabo el general Roca” (141) ...<sup>8</sup>

El asunto no es menor pues, justamente, otra de las líneas de sentidos que propicia esta obra es la de visibilizar los inconvenientes en el proceso de organización institucional del estado moderno en Argentina. Uno de los relatos más solvente del libro, “Las tabletas malditas”, aborda un episodio de hambre de la tropa comandada por Lagos, que termina saciando su apetito comiendo tabletas recuperadas de entre los indios muertos en un enfrentamiento. La circunstancia es antológica por varias razones, porque son aquí los emplazadores del poder del Estado quienes rapiñan los cadáveres de los indios para poder alimentarse, tras lo cual descubren, en un acto de develamiento siniestro, que el alimento “se había bañado en aquella levadura horrible” (Gutiérrez 1956: 88) y entonces han ingerido tabletas empapadas con la sangre de los muertos.

Digerir la sangre del indio es un acto alegórico que escenifica lo insalvable de la distancia del proyecto modernizador del Estado (arbitrado desde los escritorios de la reluciente burocracia nacional) y las posibilidades concretas del país que, en las fronteras todavía indomables capitaneadas por el “atraso”, tal como ha sido señalado por Gabriela Nouzeilles (1999), adquieren dimensiones pesadillescas donde se resiste desde lo imaginario el ingreso compulsivo al proyecto disciplinador de la vida en comunidad. En ese sentido, también admiten ser leídas varias de las muchas apariciones monstruosas – por anticivilizadas, antimodernas– que deambulan en el volumen: como personajes (el

---

<sup>8</sup> En su intento por desacreditar al líder del PAN, el narrador miente, pues las políticas de gestión de la frontera implementadas por Alsina se condujeron desde estrategias defensivas ante las avanzadas de los indios, siendo el fortalecimiento del sistema de fortines y la famosa zanja algunas de sus evidencias. Mientras que, contrariamente, la gestión de Roca, también como Ministro de Guerra en la presidencia de Avellaneda, fue desde todo punto de vista ofensiva; una circunstancia que dio sus frutos inmediatos, con el genocidio de los pueblos del sur bonaerense y la Patagonia y la incorporación definitiva de enormes extensiones de territorios que, desde entonces, pudieron fortalecer el modelo agroexportador que el orden económico mundial impulsaba para la Argentina.

roñoso Mañanita, el loco Bronzone, los negros e indios animalizados), en escenas (el amasado de las tortas fritas con pelos y mataduras de caballo, la incomprensible boda de Tripailaf, los soldados sedientos bebiendo agua sucia de la bota –aún más sucia– del alférez Sandalio); y, sobre todo, como acabamos de señalar, el acto atravesado con el estigma por excelencia del mundo de la barbarie, el canibalismo, que el ejército comete al consumir las tabletas empapadas con sangre de indio.

Recorrer la prolífica obra de Eduardo Gutiérrez es siempre una invitación a seguir desmontando las contradicciones del proceso de modernización política y cultural, tal como se viabilizó lleno de tropiezos y exclusiones en el ámbito porteño. *Croquis y siluetas militares* participa de esas tiranteces insolubles, a través de las diversas variables socioculturales sobre las que va interviniendo mediante su registro en materia ideológica: lee el pasado reciente desde una galería de personajes cohesionadores de la nacionalidad pero enarbola a los jefes y desolemniza hasta la burla a los sectores populares; propone ejemplos para la nación toda abonando sectarismos donde las pertenencias sociales siguen dirimiendo privilegios y silenciamientos; aprovecha la mundanidad y los ribetes cosmopolitas de la prensa, donde vieron la luz por primera vez los relatos, pero sigue insistiendo en la necesidad de imponer valores rancios tutelados por las familias patricias; en un órgano sin dudas democratizador como es el diario, expone las glorias militares pasadas de la nación defendiendo aún simpatías políticas facciosas que, en el seno de la modernización de la vida política contemporánea –a la cual se ataca vía Roca y Juárez Celman–, entrañan un gesto de atraso y de clausura para la opinión pública.

Sintonizada con las ambigüedades e inestabilidades imaginarias de su contexto de emergencia, la obra del autor resquebraja todo intento de síntesis, incomoda por su fanatismo político mientras pregona tolerancia, gesticula una idea y se impugna haciendo lo contrario, bascula toda ella como una experiencia agitada y eminentemente

desiguales y aperturas insondables al debate.

## Bibliografía

Benarós, León (1961). "Eduardo Gutiérrez: una pasión de la verdad". En Eduardo Gutiérrez. *Los montoneros*. Buenos Aires: Hachette, pp. 7-69.

Benjamin, Walter (2019). "París, capital del siglo XIX". En *Illuminaciones*. Buenos Aires: Taurus, pp. 253-268.

Gutiérrez, Eduardo (1880). *El tigre del Quequén*. Buenos Aires: Imprenta de "La Patria Argentina".

Eduardo Gutiérrez (1886). *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*. Buenos Aires: Igón Hermanos Editores.

Eduardo Gutiérrez (1956). *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*. Buenos Aires: Hachette.

Laera, Alejandra (2004). *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: FCE.

Laera, Alejandra (2008). "Sobre la guerra en el Paraguay (relatos nacionales en las fronteras)". En Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (Comps.). *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo, pp. 183-213.

Ludmer, Josefina (1999). *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Perfil.

Mansilla, Lucio V. (1986). *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Biblioteca Ayacucho/ Hyspamérica.

Nouzeilles, Gabriela (1999). "Patagonia as Borderland: Nature, Culture and the idea of the State". *Journal of Latin American Cultural Studies*, 8, 1. 35-48.

Roman, Claudia (2003a). "La prensa periódica. De *La moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)". En Noé Jitrik (Dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. II. Buenos Aires: Emecé, pp. 439-467.

Roman, Claudia (2003b). "Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas". En Noé Jitrik (Dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. II. Buenos Aires: Emecé, pp. 469-484.

Roman, Claudia (2017). *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (Buenos Aires, 1863-1893)*. Buenos Aires: Ampersand.

Sosa, Carlos Hernán (2020). *La novela gauchesca de Eduardo Gutiérrez. Prensa, discurso judicial y folletín en la génesis de una literatura popular*. Buenos Aires: Katatay.

Torre, Claudia (2010). *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo.

Cuarenta Naipes

Revista de Cultura y Literatura

Año 4 | N° 6

Yuln, Melina (2010). “Eduardo Gutiérrez y la frontera: un recorrido por los fortines y los toldos”. *Sociedade e cultura*, 13, 1. 111-116.

Yunque, Álvaro (1956). “Estudio preliminar”. En Eduardo Gutiérrez. *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*. Buenos Aires: Hachette, pp. 7-40.